

Santiago, 4 Mayo 1958

Av. Pedro de Valdivia 2587

Mi querido Ferrater:

Realmente ya pasa de castaño oscuro, ¿verdad? Meses, años ha que no te escribo. Y creo deberte respuesta a dos cartas. ¡Soy incorregible! Y es que aparte mi escasa "capacidad de trabajo" me asalta a veces otra razón invidiosa y vil: ¿Para qué escribir? ¿qué voy a decir? ¿Hay algo que valga la pena ser dicho? ¡Dios, qué vergüenza! Menos mal, menos mal que tales gusarapos nihilistas se esfuman al menor soplo crítico o a la primera vaharada de ternura o de vitalidad. Porque lo chocante es que jamás me asaltan tales dudas cuando paso horas y horas corrigiendo pruebas de los chiquillos y tratando de mostrarles -a los de 6°- la diferencia entre el pronombre "éste" y el adjetivo "este". Sí, horas y horas en una agotadora labor preliminar con los que están a punto de ser bachilleres; en una labor que parece debería quedar superada en la última de las clases primarias. Y lo más chocante es que hay más de un colega, examinador universitario, que viene diciendo que yo tengo grandes éxitos con mis alumnos de Filosofía en las pruebas escritas del Bachillerato, cosa que es verdad, pero nadie querrá creer que todo el "quid" está en mi obstinada labor de corrector de pruebas de alumnos que, estando en 6° Hdes., son tratados muchas veces por mí como si fueran chavales de una clase primaria.

¿Te das cuenta? ¿Ves como ya voy diciendo cosas que no sé si vale la pena que sean dichas? Pero no importa, hoy quiero sumergirme en un mar de naderías, a sabiendas de que en fin de cuentas tal vez todo sea pura nadería... al placer de decirlas y la convicción de que el destinatario va a leerlas con gusto.

De tí, de vosotras he ido sabiendo por Claudio y Teresina y por Antonio. Cuando me escribas dime muchas cosas de René y de Jaime: todo lo leeré con sumo placer.

El año pasado o antepasado -no recuerdo bien- estubo en Santiago Etienne Gilson. Dio unas magnificas conferencias en la Universidad. Se dijo que las iban a tomar en cinta magnética; que las iban a publicar; que él enviaría unos resúmenes... ni cinta; ni publicación; ni resúmenes. ¡Chile feliz! Yo había tomado unas notas para mi gusto. Se enteró Antonio. Se lo dijo a Millas. Fidióronme un eco para la "Revista de Filosofía". Lo redacté. Se lo entregué. Lo traspapelaron. Diles la última copia. Y van a publicarlo ahora... si no se les pierde de nuevo, o no lo "fondean" como quizás sería lo mejor. Pero bueno, yo había ido haciendo una copia en papel fino para enviártela a tí, como sucedáneo de nuestra, de mi disminuida correspondencia. Hoy te la incluyo. Léela y échala al cesto. Algo verás en ella del pensamiento de Gilson; algo, muy poco, de su maravilloso estilo expositivo; y algo también de mis entresijos de auditor bobalicon y polemista, con que saciar un poco tu sed fraternal de ir sabiendo de este tu viejo, tu leal y tu sencillote amigo. Mucha cosa buena, suscribible, encontré en las conferencias de Gilson: hubo momentos en que hasta el Dios de Tomás me parecía una cosa potable, tan inocuo, tan aséptico nos lo presentaba. Luego he ido pensando si el bueno de Gilson no estaría alcohuetando de una manera asaz personal y heterodoxa llevado del pagano propósito de meternos de rondón "hada menos que la piedra fundamental del edificio eclesiástico... No, no. Veo ahora claro que el Dios mío y alicorto de la Iglesia Católica no es el Dios etéreo, mondo y lirondo que, sin duda abusivamente, Gilson atribuye a las cogitaciones de Tomás de Aquino. Estaré al tanto. Lo estoy, mejor dicho. Y el último testimonio que me afirma en mi ojeriza hacia el Dios de nuestros mayores es

el en nuestro espíritu

el libro del buenísimo de Manuel García Morente "Ideas para una Filosofía de la Historia de España", donde se repiten las monsergas del Dios personal, del católico Dios de los broncos españoles, del Dios que espera rezos y genuflexiones, del Dios que se nos aparece una buena noche de insomnio y nos "convierte", del Dios que nos hace vivir en puro delirio de trascendencia, y rechazar como un sub-, como un mínimo producto las rigurosas y objetivas y universales especulaciones de la razón. ¡Estamos bien aviados! ¡Con que la España de los tiempos "modernos" se siente ofendida, herida, incomprendida por Europa, por esa Europa cartesiana, racionalista, idealista, y se cierra justamente en una actitud de gran señora, la gran señora de lo ecuménico, de lo trascendental, de lo que "vale" por sobre todo...? ¡Pobre García Morente! Tan pulcro, tan clarividente en el mundo de las sutiles ideas mostruosas, tan gran maestro de la prosa didáctica. ¡Curita al fin, curita postrado a los pies de ese obispo de Galicia y de ese otro de Madrid! ¡Pobre y entrañable maestro! -- Y también, también me afirma en mi posición de siempre -aunque él no se lo proponga ni por asomo- el muy magnífico señor Don Américo Castro, cuyo libro "España en su Historia" está alimentándose suoculentamente. Aunque sólo sea de soslayo, aclara Castro esa posición integralista del español, ese ver, y querer ver y sentir las cosas por fuera y por dentro, aquende y allende -achaque islámico-, llevando así al lector a comprender, quizás a excusar el trascendentalismo antirracionalista de nuestra gente; dispuesto estoy a mirar con simpatía esa visión integralista; pero que no intente Castro hacerme nada del fundamental esfuerzo europeo por racionalizar la vida cuando la vida era un caos de arbitrariedad y desorden... (La verdad es que Don Américo no intenta nada de todo esto, pues es demasiado inteligente... ~~■~~ "E pur si muove". Sí, Castro parece a veces mirar a España como el abuelo mira al nieto regalón, celebrándole las gracias. Sí, cuando la desmesura española se le hace evidéntísima y lo abruma, no le falta un Goya, un Cervantes, un Picasso de que echar mano. ¡Encantadoras tragaderas las de nuestro españolísimo Don Américo! Emigrado, disminuido, maltrecho por la brutalidad española ambiente, y sin embargo pleno de sana euforia peninsular, aceptando y ponderando el sino descomunal de un pueblo sin duda valioso pero abrumado por toda suerte de cazoarrias.).

Sigo a paso de tortuga realizando mi vida. A veces estoy a punto de quejarme por mi natural, por mi obligada parsimonia. Pero me rehago, dándome cuenta de que sería indecente y provocativo el quejarme. Tú ya sabes que me mueven dos principales apatencias: vivir y haer vivir a mi familia una vida libre y decorosa; y trasegar abundantes y valiosas ideas y emociones del mundo de la cultura. Logro bien lo primero, pero muy poco lo segundo. Sí, en el primer dominio todo se va realizando: trabajo, prestigio, holgura, Span, techo y abrigo", y una muy decorosa educación para mis hijas. No logro, sin embargo, leer, aprender, oír, ver en la medida de mis apatencias, que tampoco son muchas, como no lo son en ese primer dominio más o menos vegetativo y ya prácticamente superado o en vías de superación. Aquí me tienes pues, sin desesperar, pero ~~■~~ eternamente insatisfecho.

Espero que llegue a Santiago la cuarta edición de tu diccionario, para adquirirla e ir viendo tus progresos y ampliaciones; para comulgar, sobre todo, con la emoción de las ideas nuevamente pasadas por el tamiz de tu espíritu. Algún día veré con cuidado tus "Escuaciones Disputadas", que tengo encima de la mesa, y "vuestra" "Lógica Matemática", que me asusta con tanto signo. Antonio dice que encuentra definitiva la prosa de tu nuevo "Unamuno". De veras aspiro a meterme un poco más en todo esto. ¿Preparas un libro de iniciación filosófica, o una especie de monografía sobre lo que sea la Filosofía? ¿Trabajas a la vez en Bryn Mawr y en Princeton?

En una de tus cartas, la de Septiembre del 55, me dices que diste

a las editoriales les nombre de Antonio y mío para que nos enviaran las "Cuestiones:;." y la "Lógica..." No, no he recibido estos libros. Los tengo porque los he comprado en las librerías de Santiago. Igual haré con el Diccionario tan pronto llegue. Y no debes dar mi nombre ni pedir nada a las editoriales, lo uno por no disminuir ninguno de tus derechos ni tenerles que agradecer demasiadas cosas a dichos señores; y lo otro porque a mí no me resulta apenas gravoso un libro más o menos. Sí, no pienses en este tema y considérate además acreedor a que vaya diciéndote alguna cosilla de tus libros a medida que vaya viéndolos. Hasta ahora el único que consulto reiteradamente es el Diccionario. Pero créeme que me propongo ir viendo todas tus cosas con la atención que merecen y que naturalmente suscitan. Uno de estos días escribiré a Gregorio Sierra a Barcelona -el suegro de mi sobrina Amelia-; y le pediré la edición barcelonesa de "Las Formas de la Vida Catalana".

Hoy he estado un rato con Guansé, Sarrà y otros amigos. Todos te recordamos con frecuencia. Con Antonio y con Vicente también hablamos a menudo de vosotros. Claudio y Teresina, que saben que os escribo, me ruegan os salude cariñosamente en su nombre. Supongo sabes que Eleazar se fue a la Univ. de Valdivia, donde trabaja muy a gusto. Antonio sigue leyendo y trabajando mucho y bien. Vicente también se está convirtiendo en un auténtico publicista, amén de su diaria y fatigosa labor docente en nuestro KENT. Provi me ayuda eficazísimamente en nuestra complicada vida vegetativa. Laura, de 16 años, está terminando las Humanidades, para entrar a estudiar Química y Farmacia en Marzo próximo. Es, además, una avanzada y aventajada alumna de piano en el Conservatorio. Adelita la sigue, pero a seis años de distancia, pues tiene 10, está en 1º de Humanidades y sólo en 3º de piano. Y en lo que a mí se refiere, en cuanto a eficacias, sólo me queda el consuelo de saber que la institución que regento va viento en popa, gozando de una envidiable mediocridad. Me queda, como te insinuaba antes, el reconcomio de saberme harto atrasado en mi propedéutica de profesor elemental de filosofía.

Si entre las cartas últimas tuyas y de Renée encuentro algo no atendido ahora por mí, ya lo comentaré en mi próxima. Ahora quiero que ésta salga y os lleve pronto nuestros cordialísimos abrazos.

Alej. Z.

LAS CONFERENCIAS DE ETIENNE GILSON

(Notas sueltas y subjetivas)

Soy uno de los bienaventurados que oyeron las siete conferencias dadas por Etienne Gilson en la Universidad de Chile. Me anduve con la pluma en ristre, pues nunca supuse que alguien pudiera interesarse por lo que el más desapercibido de los oyentes hubiera de escribir después. Llevaba empere mis octavillas de baste papel y el indefectible lápiz. Antes que a aprender cosas iba en pos de vivencias; y sólo quería asegurar la persistencia de éstas con alguna que otra nota volandera. De antemano me imaginé —y acerté— que iba a saborear cuatro manjares igualmente tentadores, a saber: un plato fuerte de ~~análisis~~ filosofía y teología, una deliciosa entrada de estética pictórica, una salsa de exquisito francés de cátedra, y el licor espeso y estimulante que destila la generosa heredad personal de Gilson.

Intento hoy revivir algunas de esas vivencias, limitándome a las suscitadas por el primero y el cuarto de los manjares aludidos: una filosofía más o menos especulativa y unos rasgos personales más o menos herméticos. ¿Cuál fue el "tuétano substantífico" de las cinco conferencias dadas por Gilson sobre "Existencia y Metafísica en Santo Tomás de Aquino"? ¿Y cuál es, en parte al menos, la proyección vital y mental del conferenciante?

La primera conferencia de ese ciclo tomista, dada el martes 22 de Mayo, versó acerca de "Dios y la Existencia". Dice Gilson que se propone hallar la característica definidora de Santo Tomás de Aquino. Cuando se habla de Platón pensamos en seguida en las ideas; Aristóteles nos trae a la mente la realidad; Descartes, el método y la razón; Kant, la crítica; Hegel, la dialéctica. Y Santo Tomás, ¿qué? De momento lo vemos como un apéndice de Aristóteles. Pero no hay tal. Lo del "primer motor inmóvil" es nexo insuficiente y engañoso. Ello es en Aristóteles un punto de llegada; en Sto. Tomás, un punto de partida. No, Tomás no es un mero apéndice del Estagirita. Tomás tiene también su significación privativa, su aporte personal, su característica filosófica: Tomás ve a Dios como la simple y substantiva existencia, sin aditamento de esencia alguna. Y ésta es,

Erna Gilson, la cifra última, más significativa, del pensamiento tomista.

Concebir a Dios como el puro acto de existir, como el ser que no consiste en otra cosa que en ser... Escueta desnudez existencial, tentadora simplicidad metafísica que no puede por menos de seducir al encandilado oyente, hastiado de tanto marbete espurio, de tanto atributo "esencial" con que suele limitarse por ahí la inasequible noción de Dios.

¿Tiene precedentes Tomás en esta higiénica estilización de la divinidad? Sí, está Avicena, más radical si cabe, y en quien Tomás se inspira. Pero está sobre todo ese pasaje bíblico del Exodo, donde Jehová tranquiliza a Moisés al decirle que debe llegarse a los hijos de Israel y asegurarles que el Dios que le envía es no sólo el Dios de sus padres, sino aquél que se define a sí mismo diciendo: "Yo soy el que soy". El que soy, es decir, pura existencia actualizada, sin otro atributo esencial —añade Gilson a guisa de remache— que el aséptico atributo de la simplicidad. ¿Quiere ello decir que a Dios le estorban los acostumbrados atributos de omnipotencia, sabiduría, justicia, bondad..., tan gratos a la especulación antropomórfica de los honrados creyentes?

Y aquí surge, quizás por primera vez en estas conferencias, el Gilson personal, el hombre Esteban Gilson que se insinúa, inebornable, por debajo y allende sus construcciones intelectuales. Bonachón y pragmático, admite para la divinidad todos los inocentes atributos consagrados por el uso; pero se revuelve en seguida en su hontanar metafísico y clama con Tomás, en latín y en francés, por el "esese", por el "acto de existir" que es Dios, por ese "soy el que soy" carente de esencia limitadora, por ese "ser" sin compromiso, sin composición, sin participación de otro o en otro. La fuerza incontenible de esta reacción temperamental gilsoniana, aupando a Tomás y a la vez sosteniendo en vilo la soberana desnudez de Dios, era un espectáculo poderoso y definidor. ¡Dios es la divinidad! Ni siquiera la posee. No es más que existencia. No se le puede definir, ni concebir, ni representar. No cabe de Él otra representación que la tan precaria e informe suscitada por este simple verbo: SER.

No, Tomás no es un apéndice del filósofo macedónico. El continuador de Aristóteles, el amoldador del "realista" Aristóteles, no "raifica" en absoluto a Dios, no hace

de El una "res", una "cosa". Su radicalismo deontista no es en verdad tan ciego como el de Avicena, pero se le ven las ganas cuando aludiendo a El dice: "Hay quien sostiene que Dios carece de toda esencia".

Esta acurada noción de la divinidad tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Gilson se complace en destacar aquéllas. Per de pronto, un Dios carente de esencias corta de raíz toda validez antropomórfica. Y que nadie vea en ello un peligro de agnosticisme, pues renunciar a ver esencias que no existen no es proclamar la incognoscibilidad de una existencia divina, más o menos asequible. El conferenciante echa mano de un ingenioso símil encaminado a mostrar hasta qué punto podemos vislumbrar algo del ser radical de Dios. Tosco símil, dice Gilson, con que queremos insinuar la sucesiva eliminación de postizas esencias divinas hasta quedarnos con la almendrita residual del puro existir de Dios. Sí: quiere uno emprender un largo viaje por mar..., por el mar conceptual de la existencia divina. Empieza ordenando su casa, sus compromisos profesionales, sus documentos. Saca el pasaporte, adquiere los pasajes, factura las maletas hacia el puerto. Es decir, va eliminando esencias, las va comprendiendo y superando. Ya coge el tren, ya llega al puerto, ya sube por la pasarela, ya ve levar al ancla, ya oye la sirena de arranque: esencias y más esencias, que le van permitiendo, tras eliminarlas, perfeccionar la noción de la existencia que busca, ese estar ya en alta mar, sin amarras, sin referencias inmediatas de las esencias dejadas en tierra. Y llega al fin, o cree haber llegado. Llega a un remoto paraje en que sólo ve el mar, sólo ve la existencia. Quiere detenerse ahí, quiere establecerse, quiere ubicarse en este simple acto de existir que es Dios... Pero al pretender apoderarse de la noción y preguntar "¿Dónde estamos?", tiene que echar mano del mapa y ver que se halla a tantas millas al Oeste del cabo tal, y a tantas otras al Norte de determinado islote; esto es, a tal y cual distancia de tales y cuales esencias dejadas atrás, eliminadas sí, pero imperiosamente necesarias para aprehender la esquiiva noción de la indefinible existencia.

4

En la segunda conferencia aborda Gilson el tema de "Los Seres y la Existencia".

Los seres finitos, al contrario de Dios que es simple, son compositos: existencia más esencia. La propia concepción tomista de Dios es el punto de arranque de esta manera de considerar los seres finitos. Pero tal composición no es un enriquecimiento, sino al revés: es un condicionamiento, una limitación. Alude de paso Gilson a la intrepidez intelectual de que hace gala un auténtico filósofo o teólogo — tal Tomás— cuando, puestas unas premisas e principios de arranque, llega después con su pensamiento donde quiera que tenga que llegar necesariamente. Es decir, la inicial distinción e impenetrabilidad de existencia y esencia llevan al intrépido filósofo a dar como irrefutables unas cuantas conclusiones acerca de la naturaleza metafísica de Dios, los seres, el hombre. Esta simpática intrepidez conceptual del pensador contrasta con la humilde cautela del profesor, que siempre presenta las cosas en forma condicional y supuesta.

[Y sigue Gilson, con una mano en la esteva de la existencia y otra en la rienda de la esencia. ¿Hay alguna prioridad entre ellas? La hay, puesto que la existencia es de jerarquía superior. Ella es simple e indefinible, no así la esencia. No es, por otro lado, esta metafísica de Tomás la única que quepa y merezca ser enseñada. Suárez tiene otra, que conviene conocer también, y no para refutar la de Tomás, sino por su propia posible valía. Un rasgo característico de esta metafísica de Suárez es el de que la mejor manera de calificar al ser finito estriba en prescindir de su existencia y atenerse a su sola esencia. Tomás, en cambio, no concibe la esencia sola en los seres finitos. Se burla deshosadamente Gilson del prurito de las refutaciones, y está de acuerdo con Leibniz cuando dice éste que tiene que ser muy buena una refutación para ser tolerable. Más que refutar a los otros, hay que tratar de decir la verdad positiva de uno. Bien haya pues Suárez por Suárez, y no porque refute a Tomás. Y si se contradicen, no por ello dejará Gilson de estudiarlos y enseñarlos con idéntico amor y respeto, pues no está el disertante obligado a dirimir entre ambos teólogos. Si acaso, ¡que dirima la Iglesia! (Y esto le dice Gilson, — ¡otra vez!— con aire de hombre libre y desembarazado, incapaz de renunciar a su tamis personal e insoportable. ¿Es realmente católico al macizo, al enterizo, al "realista" Etienne Gilson?).

Prosigue el conferenciante y advierte que no deben mezclarse Tomás y Suárez en

su metafísica del ser, mezcla y confusión harto frecuentes. Atribúyase a cada uno lo que le correspondía, que ambas —y la verdad— saldrán ganando. Y quede clara la posición de Tomás, en el sentido de atribuir a los seres finitos, además de las esencias con que se nos muestran, la existencia subyacente, recibida de Dios. Junto a esta pareja de nociones, existencia-esencia, conviene recordar la vieja distinción substancia-esencia-accidente. Substancia: aquella que es por sí, y que está formada por la esencia y los accidentes. El teólogo de Aquino —reitera el conferenciante— está polémicamente dispuesto a conceder que Dios tiene una esencia..., la esencia de ser, la esencia de existir, lo cual desemboca en lo primero, esto es, en la simplicidad existencial de Dios.

Santo Tomás ha sido tratado muy diferentemente por la posteridad. Ha habido un tiempo en que la Universidad de París en bloque lo ha rechazado. Y es que resulta fácil atribuirle el pecado (7) de agnosticismo. Como es fácil tildar de panteísta al propio Gilson, cuando suscribe aquella opinión tomista que considera a los seres finitos como participantes de la existencia divina, por vía de emanación. Sí, emanación. ¿Cuál es el delito conceptual de esta palabra? ¿Vamos acaso a juzgar del alcance de las doctrinas a través de la estrechez y parentoriedad de los términos? Felizmente no han faltado valedores a Tomás. Filósofos y teólogos costáneos, y los sucesores inmediatos y remotos, le han sostenido con generosa clarividencia, tal al dominico Bñen.

A guisa de resumen, y desafiando una vez más el espantajo del agnosticismo, añade Gilson esta reflexión final: La noción de la esencia, la comprensión de la esencia, es un negocio de índole netamente intelectual. Más allá está la existencia, y para enfrentarse con ella no basta, sin duda, la sola luz de la inteligencia discursiva, ni bastan, tal vez, todas las potencias cognitivas del hombre.

El viernes 25 dió Gilson su tercera conferencia: "Existencia y Creación. Existencia y Causalidad". Comienza aludiendo al peregrino origen y al imprevisible destino que tienen a veces las expresiones consagradas a través de la historia del pensamiento. Así

"causa" no fue conocida por los latinos, pues lo introdujo en el torrente medieval Boecio después de tomarlo de Platón. "Causa eficiente", que se le calgamos a Aristóteles, jamás se ha usado en la lengua griega. Sería, si acaso, "causa metris". Avicena habla de "causa", dándole al vocablo dos sentidos: a) sentido físico, es decir, "causa metris"; b) sentido teológico, o sea, causa creadora, causa creadora de un ser nuevo y autónomo. ¿Qué entendemos por causalidad? Es ésta una noción abstracta. Supone por de pronto una cierta infusión. Aquella que existe —no simplemente lo que tiene esencia— produce un efecto. El ejemplo máximo le proporciona Dios al crear al universo. El ser —no la mera esencia— es fuente de causalidad. El "eser", el acto de existir, actúa, engendra, crea. Entre la causa y el efecto hay siempre un cierto parecido, por lo menos en lo que concierne a su peculiar existencia, ya que la existencia de la primera pasa en parte a la del segundo. Menciona el ejemplo del pintor, causa de sus retratos. El parecido de éstos no es justamente con el modelo que posó ante el artista, sino con el artista mismo. Cuando decimos "He ahí un Renoir" estamos viendo en la existencia del cuadro algo de la causa que le dió vida, estamos viendo un fragmento de la propia personalidad de Renoir. Recordemos a Degas en el momento de terminar uno de sus retratos. Se acerca el modelo a la tela, y exclama desilusionado: "¡Pero si no se parece a mí!" A lo que replica el artista, tajante y convencido: "¡Lo que le toca a usted ahora es tratar de parecerse al retrato!"

Santo Tomás ve en Dios la causa, el creador de las criaturas y el creador del Verbo Divino. Dios, que es ser, da existencia a todo, inclusive al universo material. Dios está, pues, en todo, pero no como parte ni como substrate, sino como causa de la existencia de las cosas, de las criaturas. Ya se le reprochó en vida a Tomás que mezclara el vino de la teología con el agua de la filosofía. El se defendía arguyendo que acaso estaba transformando el agua de la filosofía en el vino de la teología. Es innegable que su profunda conexión teológica le llevaba a ascender los valores filosóficos, y que sabía simplificar e iluminar las más arduas cuestiones echando mano de las esquemáticas pero profundas soluciones bíblicas. La Iglesia ha hecho de Tomás su teólogo y su filósofo más representativo justamente porque ve en él al más habil manipulador del crisol bíblico. Nadie ha superado al Doctor Angélico en esa sutil y amorosa alquimia filosófica

Continúa Gilson con "El Hombre y la Existencia". Todos los seres implican actos de existencia; todos están, pues, vinculados a Dios. El hombre entre ellos. El universo, la existencia del universo, ¿es una cosa sólida y duradera? ¿Podría Dios volverle a la nada? Sí: bastaría abandonarle a su propia suerte. Pero Tomás no cree que Dios vaya a retirarle nunca al mundo el don de la existencia. La nada es la marca de origen de los seres finitos; pero si han recibido la existencia, alla se ha inscrito definitivamente en la estructura del Creador. Lo que fue contingente pasó a ser necesario. Sartre teme un eventual anegamiento de los seres finitos: en verdad se está ellos zafando a cada momento de la nada que los amenaza. Ya algunos teólogos medievales tenían la "culbute", la voltejeta, al vuelco hacia la nada. No así Tomás, que ni ve ni cree en este regreso hacia la oscuridad originaria. Decididamente, lo que en su origen fue contingente se ha hecho necesario en su continuidad; la existencia graciosamente dada por Dios a los seres finitos es, y lo que es ha de seguir siendo. (Todavía oigo los suspiros de alivio metafísico salidos del pecho de algún auditor septuagenario). Esta placentera conclusión tomista parece inspirada en dos precedentes más o menos contradictorios: Avicena y Averroes. Más en éste que en aquél, no obstante la habitual preferencia que Tomás siente por Avicena. Averroes cree que el mundo ha existido siempre, lo cual no parece asustar a Tomás, dispuesto como está a admitir que Dios creó el mundo desde el comienzo (!) de la eternidad (!!). Recuerda Gilson la distinción que hace el filósofo cordobés entre los objetos simples (incorruptibles) y los compuestos (corruptibles). En este terreno de la eternidad de lo creado —por lo menos la eternidad que se nos presenta por delante— Tomás sigue fiel a las Escrituras: Rechaza al vuelco hacia la nada, tratando, según su costumbre, de ensambalar la verdad racional con la verdad revelada.

Estos largos preparativos permiten ahora a Gilson entrar de rondón en el tema de "El hombre y la existencia". El alma es pues inmortal, y es inmaterial, y es cosa divina. El principal argumento está en su misteriosa capacidad de aprehender, de "inteligir",

de penetrar y dejarse penetrar por ese gencor que casi equivale a un go-nacer. Lo decía Clandel: "Comnaissance, co-naissance". Hacer con otro, hacerse otro, devenir a otra cosa sin que quede afectada la materialidad corporal de nuestro ser. Hermoso lirismo al de Gilson cuando evoca el misterio del conocimiento, cosa realmente divina, circunscrita, a su juicio, al finis ser pensante que conocemos. (El candelero ayente, al conjuro de la emisión gilsoniana, se permite aportar sus personales reacciones no menos líricas, y piensa también en el misterio de la atracción gravitacional, en el milagro de la energía radiante, en el divino espectáculo de la expansión cósmica, en la capucinada inmortalidad de la materia y de la energía...).

Asciende ahora Gilson a otros planos, y nos dice que hay una substancia intelectual, una substancia compuesta de existencia y esencia, pero carente de materia: son los ángeles y las almas. Substancia compuesta, mas no expuesta a descomposición. Es el alma quien integra, quien da unidad al cuerpo. En ella radica la existencia perdurable, no en él... Parece que este tema escaabroso es el que lleva a Gilson, como sin proponérselo, a soltarnos, a regalarnos su vívida perorata final, en que recuerda cómo León X inducía y apremiaba a sus teólogos del concilio de Letrán para que de una vez proclamaran que las verdades reveladas podían ser todas comprendidas y explicadas por la razón. Apremios y requerimientos ostensiblemente desatendidos por más de un teólogo partidario de seguir creyendo, sin necesidad de ejercer la mezquina función pensante. Si, parece que Gilson dijera —y nos dijera—: "Demasiado veo que estoy bajando de nivel metafísico. Demasiado veo que ya no me mueve en aquella original e irrefutable simplicidad de la existencia y la esencia; en aquella luminosa metafísica que deja a Dios en los huesos de su existir, sin espurias atributos de esencia alguna, si no es el resalcitrante atributo de su simplicidad, metafísica que confiere al resto de los seres finitos, en tajante contraste, ambas cosas: el hecho de ser, y el hecho de ser algo. Demasiado veo que esa metafísica genial tiene ahora que mellarse si pretende aplicarla al examen de dos nuevas realidades: el alma humana y los ángeles. Aun la primera de ellas merecería los esfuerzos de un ajuste, porque yo, Etienne Gilson, pertinaz realista, la siento vivir en mí y en los demás; pero ¿cómo voy a seguir adhe-

rido a esa frialdad de jerarquías anglicanas cuya sola mirada es suficiente argumento para desecharlas todas? ~~Resumidamente~~ No analicemos. Hagamos mano de esos discretos y valientes teólogos de 1513 (Lestrán), y proclamemos y reiteremos la inania de la razón, afirmando con robustez nuestra bronca fe. Ya valveremos a discurrir cuando ello sea posible."

Pero ojo, Esteban Gilson, que entre tus encandilados oyentes hay uno que te está serbiendo al alma, y a fee no se le escapan tus imponderables gestos de independencia personal; ¡ése ve tu movimiento de hombros cuando, remediando a los enterises teólogos del siglo XVI, dices que nada te importa que la razón no pueda explicar los dogmas; ese oyente distingue entre tu simpática solidaridad hacia unos teólogos renacentistas y tu más simpática permeabilidad ante las múltiples corrientes liberadoras en que te has bañado. No en balde ha pasado por ahí el racionalismo; no en balde ha irrumpido en la plaza pública la hegemonía del poder civil; no en balde vienes transitando por la Serbona y siguiendo en ella la estela de ~~los~~ ~~...~~ ¡Verdad que rememaría; la cristiandad entera antes que al tamiz de tu criterio personal.

La quinta conferencia del ciclo tomista lleva por título en el programa "El Mensaje metafísico de Santo Tomás". Fue dada el martes 29 de Mayo. Resultó tal vez la más atractiva de las cinco: verdadero regalo para quien guste de panoramas y síntesis históricas. La tesis casi resultó desconcertante: Que el primado de la existencia en Santo Tomás conduce a la larga a una fundamentación e apoyo del existencialismo. Desconcertante. El propio Gilson advierte que a lo largo de su especulación teológica y filosófica Tomás tiene los andares de un cogitador primariamente preocupado de esquemas mentales, conceptuales. Las esencias tomistas son en puridad estrictos correlatos de fenómenos representativos. Son la santera inagotable de ideas, imágenes, conceptos, juicios, razonamientos, sistemas... Pero todo ~~todo~~ desemboca al fin en la debida valoración de la subyacente existencia, que ya no es coto cerrado de lo meramente intelectual, sino substrato, tierra firme donde echa sus raíces la vida y el universo todo, con el ~~enorme~~ riquísimo caudal de sus vivencias y facetas. ¡Tomás existencialista! Ya Balthus propone el término "existencia"

para caracterizar esa supervaloración del "coseo" en Tomás. Y antes que Balthus, en Edad Media, hay filósofos y teólogos existencialistas. El existencialismo es una cosa compleja. Arranca, en los tiempos presentes, del creyente Kierkegaard y del ateo Nietzsche. ¿Qué hay de común entre ellos? El daseo de que el frío análisis intelectual de las cosas no anule la realidad sustancial de las mismas. Gilson, realista de tomo y lomo, comprende y siente al existencialismo, sobre todo al de Kierkegaard, creyente, cristiano, cuya silueta mental y literaria nos evoca con innegable simpatía. ¿Cómo arremete contra Hegel, el prestidigitador de las ideas, de los sistemas, que de puro analizar la realidad llega a escamotearla, a ignorarla, a anularla!

Acude Gilson, para hacer comprender mejor esta especie de constante histórica que es el existencialismo, a las que llama "parejas antitéticas" e parejas de "hermanos enemigos". Tales Pedro Abelardo y Bernardo de Clairvaux en la Edad Media (Siglo XII). Lógico y dialéctico el primero, ganso de comprenderle todo, ansioso de llegar —partiendo de la fe— al puro conocimiento, como se muestra en su obra "El sí y el no", donde campea su agenda cemesón especulativa. Y puesto a él el "terrible" Bernardo, ante quien las madres escandían a sus hijos, y las esposas a sus maridos. Ese Bernardo que le cifraba todo en amar, en ~~encontrarse con Dios~~ al conocimiento de sí mismo como inmejorable medio para conocer a Dios, y que practicaba la virtud de la humildad en grado superlativo para hallarse mejor en su auténtico ser. ¿Más precedentes existencialistas? Aquel holandés del siglo XIV, que se levanta contra la teología razonadora de los escolásticos del XIII; que recomienda no estudiar teología para no matar la fe; que pone la vida por encima del conocimiento; y que dijo e pudo decir: "Vale más experimentar la compunción que saber definirla". ¿Puro existencialismo! ¿Y la otra pareja del XVII, Descartes-Pascal? Aquél con su extensión y su movimiento y su hipertrofia racionalista; éste con su convicción de que "Dieu est sensible au coeur".

•

(El agradecido oyente de Gilson pide a todos mil perdones por esta transcripción fragmentaria, subjetiva y mal hilvanada).

Alejandro Tarragó